nor de una controversia formal, y á lo mas, contestaba con algunas palabras amargas y altivas, que el hijo sentia caer como gotas heladas sobre la llama que quedaba en su corazon.

A medida que le dominaba el desaliento, perdia el gusto del trabajo, y se entregaba mas y mas á los faciles placeres de los ociosos de su condicion. Al abandonarse á ellos, les cobraba aficion, dedicándoles las seducciones de su persona y la superioridad de sus facultades; pero llevando á ellos al mismo tiempo cierta tristeza sombria, y algunas veces violenta. Lo que tenia su carácter de aspero y repulsivo, no impidió que le amasen las mujeres, y le hizo temer de los hombres. Imitáronle, y contribuyó mucho á formar la encantadora escuela de la juventud sin sonrisa. Su aspecto de hastio y cansancio, que al menos en el tenia la excusa de una causa séria, fué servilmente imitado por adolescentes que nunca habian conocido otros sufrimientos que los de un estómago demasiado repleto, pero que se gloriaban de parecer agostados en flor y de despreciar á la humanidad.

Hemos encontrado á Camors en esta fase de su vida, y como ya se habrá comprendido, nada hay tan artificial como el despre-

ciativo desdén cuya máscara llevaba el jóven. Al caer en la fosa comun de la duda, tenia sobre la mayor parte de sus contemporáneos la ventaja de no arreglarse lecho en ella con cobarde resignacion. Sublevábase y se agitaba sin cesar con violentas sacudidas, porque las almas fuertes no se adormecen facilmente. La indiferencia les pesa, y necesitan un móvil, una razon de vivir, una razon de obrar, una fé. Luis de Camors iba, al fin, á encontrar la suya.